

## HISTORIA DEL PAPIÓN SAGRADO

En mi vida he asistido a dos o tres presentaciones, una de las cuales, por lo menos, era de un libro mío.- Por supuesto que jamás presenté uno y la verdad que hasta hoy nunca se me hubiera ocurrido que llegara a hacerlo. Ya de por sí me cuesta hablar de los míos, que por otra parte apenas son dos y casi uno y medio si se mira bien la cosa. Supongo que tratándose del de otro el asunto se complica todavía más.- Sin embargo no sé hasta qué punto este libro de Santiago Bullrich no es mío también, no es de todos en cierta forma y el hecho de estar aquí y mirarnos las caras y yo decir cosas y ustedes presuntamente escucharlas no forma parte en cierto modo de la Historia del Papión Sagrado.- Claro que todo esto hay que explicarlo y si ustedes no se van antes de los 10 minutos, como sucede en toda buena presentación, creo que llegaré a hacerlo entre los 10 y los 15 con lo que sabré, de paso, que esto que les digo es tan malo como suponía.-

Ultimamente las presentaciones han prosperado tanto como la literatura misma. En realidad, son o están por ser un género en sí mismas. Después de todo, creo que es la gran oportunidad que estábamos esperando todos nosotros: autores, editores, críticos, lectores y socios de la SADE que, aun cuando sean una o varias de esas cosas, son siempre algo más o simplemente algo distinto. En ese sentido debemos felicitarlos y aun maravillarnos porque la cosa da para tanto que cabe todo y todavía queda lugar para nada. Desde los clásicos discursos -asegurando la aparición del libro más importante de la literatura argentina (a quién de nosotros no se nos aseguró eso?) hasta la discreta y erudita embriaguez, pasando por el llanto o la milonga y hasta la lucha libre. Hay presentaciones con recitados y presentaciones cantadas en las cuales el Tata Cedrón, por ejemplo, viola un redimido tago de Agustín Bardi.- No me sorprendería, por lo tanto, que con el tiempo se realicen presentaciones con números de ballet o de acrobacia y aun meras, puras y simples presentaciones sin libro, lo cual seguramente se le hubiese ocurrido a Macedonio Fernández si hubiese encontrado un editor como Falbo. Con esto quiero decir que, al fin y al cabo y como están las cosas, también yo puedo arriesgar una presentación.- Y quiero decir también que, salga como salga, lo hago con gusto porque de alguna manera deseo rendir mi magro y complicado homenaje a la obra de Santiago Bullrich.-

Leí la Historia del Papión Sagrado en un momento muy particular. Justamente por esos días había terminado una novela. Esto es, concluí una vida. Algunos de ustedes saben lo que es eso. A medida que se progresa en la obra la línea entre la realidad, o lo que llaman la realidad, y lo que llaman la ficción comienza a aflojar, luego se quiebra y por fin se disuelve. Se da entonces una única y completa realidad -donde todas las cosas convergen en una sola dirección. El punto final es una arbitrariedad. Uno podría seguir así toda la vida. Por eso cuando se termina un libro digo que se termina una vida y uno siente más bien tristeza.-

Estaba yo en eso, vacío y melancólico, cuando aparece el Papión -

Sagrado. La Historia del Papión Sagrado, como ustedes verán no es para mí tan sólo un libro de 140 páginas sino también Santiago Bullrich y Falbo y noviembre o diciembre del 65 y, ante todo, yo mismo que de pronto me desdoble y empiezo a escribir una novela en la cual nunca había pensado. Una novela que me piensa a mí en cierta forma.- Como si de buenas a primeras mis personajes ocuparan su exacto lugar y se desembarazaran de quien no supo contarlos y entonces ellos me cuentan a mí y escriben la verdadera novela. Porque da la casualidad, la enigmática, misteriosa y premonitória casualidad de que mi laboriosa y forzada novela empieza donde concluye el Papión Sagrado, que por ser una novela circular en realidad no concluye nunca y empieza siempre y empezando una y otra vez recuenta toda mi historia como yo jamás hubiera podido contarla.-

A esta altura debe aclarar que no conocía a Santiago Bullrich. A través de su Papión Sagrado, o de nuestro Papión Sagrado, inevitablemente se me dió como un personaje más. Tenía la secreta esperanza de que el día en que apareciera no tuviese nada o poco que ver con su personaje, como generalmente ocurre, y así las cosas tomarían su lugar, reaparecería la línea y yo estaría aquí y él allá. Por fin no seríamos la misma cosa, ni la misma novela sino dos señores integrados e íntegros en la calle Florida esta noche del 21 de abril.-

Sin embargo, la vez, la única que apareció, un atardecer borroso después de un día de cansancio, era exactamente igual a como lo había pensado o me lo había pensado el Papión. Apenas si traía uno o dos adjetivos y un par de adverbios para redondear su imagen.

Entonces nos sentamos y reflexionamos a través de un nuevo capítulo sobre lo que habíamos hecho, como dos tipos o dos sombras que se encuentran a la mitad exacta de un camino tan bien recorrido que no vale la pena hacer la otra mitad sino intercambiárselas simplemente y volverse cada uno por su lado. Sólo que esto ya no era posible porque no había un lado y otro ni un Haroldo Bullrich, ni un Santiago Conti sino un sabio y viejo y solitario Papión Sagrado con todos los caminos y todas las gentes, todas las historias y todos los libros, aun los no escritos, y todo lo que cabe en un punto, es decir, el mundo, el día que descifremos el punto y baste con escribirlo en el medio de una hoja para escribir una novela.-

Todo esto que he dicho y que puede parecer oscuro (lo es ciertamente) me lo ha sugerido la Historia del Papión Sagrado en una forma bastante real porque yo mismo soy el primer sorprendido al escucharlo.- De todas maneras, yo-instrumento he preferido a la crítica erudita, que por otra parte soy incapaz de ejercer y aun, afortunadamente, de padecer, he preferido una aproximación por la piel, sensible y casi irracional, buscando más bien el tono o la frecuencia o el "feeling" necesario no para entender sino, lo que es más importante, para que el mundo prieto y denso de Santiago Bullrich nos penetre y nos parti-



cipe de otras vidas, o mejor, de otras posibilidades de nuestras propias vidas donde el tiempo deja de ser historia y es perspectiva y de pronto convivimos con todos nuestros yo, los que fueron, los que serán los que pudieron ser. Esa es la capacidad o la virtualidad del Papión Sagrado. No importa lo que se cuenta sino las disposiciones y sensibilizaciones que provoca. No es una novela formal, para usar un término que en el fondo no dice nada. No es una novela planeada, con principio medio y fin en la que el autor está aquí y la historia allá. Ni siquiera hay historia pero, lo que es más sabio, ni siquiera hubo intención de contar una historia, algo que se recorta de la realidad y progresa trabajosamente hacia un fin. No es por lo tanto una novela que se explique, como tampoco se explica la vida. Con frecuencia los autores olvidamos la selva de dudas, vacilaciones, confusiones y mutaciones que hemos atravesado para llegar o tal vez solamente imponernos un final que apenas es un árbol más grande en medio de todos los otros. Eso para no contar las oscuras y aun somáticas motivaciones que se mueven debajo de todo el asunto. Con el tiempo olvidamos todo eso, si es que alguna vez lo tomamos en cuenta, y por pereza o simplificación y aun por ingenuidad el camino recorrido nos parece completamente despejado, el resultado de un esfuerzo perfectamente planeado y controlado.

Hay novelas, por supuesto, que se prestan más que otras al comentario erudito y la penetración filosófica. Este mismo pasillo debe haber sido testigo de muchos sesudos ensayos aclaratorios en los cuales hasta los errores de imprenta tienen sentido. Existen los monoautores, aquellos que han escrito una novela y se pasan el resto de la vida explicándola o interpretándola. Inclusive existen aquellos que la explican antes de escribirla. A veces llegan tan lejos que ni siquiera la escriben. En fin, no me sorprendería que tarde o temprano se editen novelas con instrucciones, lo cual, después de todo, sería una forma de renovar el género.-

En la Historia del Papión Sagrado no hay nada de esto. Alguien, alguien que para simplificar podríamos llamar Santiago Bullrich, alguien cuyos rasgos se van acumulando a través del tiempo y por fin se transforma en el tiempo mismo, no como historia, ni como recuerdo sino como pulsación, intensidad, dirección, sonido o dolor, se cuenta a sí mismo para rescatarse o reconocerse más allá de su constancia física.

A través de una cosa-hombre, Oso, Santiago Bullrich emprende el largo y recurrente camino hacia sí mismo, para usar una frase bastante cursi. Pero lo que descubre no es más que otras historias, cosas e historias que en definitiva no le pertenecen y que, con todo, es lo poco o mucho que queda de él.-

Hay un comienzo áspero y reflexivo, una soledad desvelada en medio de un desierto o antes del amanecer, y luego la novela-vida se abre en abanico y Santiago Bullrich es toda esa avalancha de personajes que aparecen y desaparecen en cada pliegue del tiempo, cruzan y superponen sus caminos y sin conocerse o conociéndose apenas solamente viven y -

consisten cuando atraviesan o caminan a lo largo del haz de luz que penetra el pasado y lo rescata precariamente del olvido. El padre Rebertone, de pronto suceso, de pronto desdicha que avanza desde el extremo de su soledad por el medio de la luz hacia la ciudad destino, demasiado grande para que tenga nada que ver con él. Don Mauricio que se le cruza en sentido contrario y, más aquí o más allá, Marcial Samaniego que cruza y recruza la luz con su pequeña historia de escarnio mientras, a lo largo, los Strauss levantan trabajosamente el ostentoso escenario de la suya que de todas maneras desaparecerá con sólo que la luz se corra a un lado. Y se corre y en medio de una mancha breve pero intensa aparece Alicia, ese fantasmal espejito del mundo, ese amor desesperado que se torna lento, tardío y melancólico con Eufrosia, amada secreta y complicadamente a través de ensueños y ausencias.-

En fin, todo y nada. Una multitud de historias o partes de historias o menos todavía que convergen hacia esa soledad. Pudieron ser contadas en otra forma, pudieron no ser contadas, pudieron contarse otras historias, pero no importan en sí mismas como trozos o episodios de ajenas y supuestamente completas realidades. Eso no importa. Interesan en la medida que, reales o irreales, completas o incompletas, se integran en una estructura significativa, con un sentido y una validez absolutamente inéditos e irrepetibles. Después de todo ¿qué es nuestra vida sino una historia compartida, un montón de cosas y personas que nos pertenecen precariamente por el exclusivo sentido que adquieren desde nuestra exclusiva perspectiva? Así el Papión Sagrado no interpreta ninguna realidad, ni se corresponde con ninguna historia exterior ordenada y cronológicamente narrada sino que, como toda obra de creación, es una realidad en sí misma.-

Imaginemos una novela ideal que, más allá de las limitaciones, aun físicas, de la novela real, convencional o como quieran llamarla, pudiera ser contada a un mismo tiempo, no por partes y capítulos sino más bien como una música, Schoenberg, por ejemplo, o tal vez una balada de Machaut, donde los distintos elementos se superponen e integran en una sonoridad única. Eso intenta ser o termina por ser la Historia del Papión Sagrado. En fin, corresponde al lector, que no es un convidado de piedra sino un elemento creador dentro de la obra de arte, que lo sea una vez, cada vez.-

Quisiera destacar la humanidad que asumen las cosas dentro de este proceso no sólo por la importancia que adquieren en la novela de Bullrich sino porque efectivamente les corresponde buena parte de nuestra vida. En un pasaje el autor habla de las cosas sin dueños.- Es una imagen triste y desolada. Están ahí esperando que alguien se las adueñe, es decir, que alguien las anime. Pero el hecho de participarles nuestra vida en una u otra forma le otorga sentido. Quiero decir que el adueñarme de las cosas es, recíprocamente, una manera -



de vivirme y reconocirme. Qué sería yo sin ellas, después de todo, - cuánto de mi historia se reduce a esas mudas e insobornables constancias y, por fin, sobreviviéndome, no serán acaso el único testimonio de mi existencia? Allí están pues, los pequeños objetos poseídos, las cosas que cubrieron o prolongaron o auxiliaron a mi cuerpo, esas pacientes cosas a las que yo he asignado un sentido exclusivo, un uso preciso, inclusive un carácter personal e intransferible. En resumen, esos vestigios a través de los cuales alguien podrá acaso reconstruir mi rostro, la presión de mis manos, el rumbo incierto de mis pasos y aun la dirección de mis deseos.

A través de estas cosas-personas y de personas que terminan por ser cosas Santiago Bullrich se reconstruye, reconstruye "su" tiempo - como un lado o un sesgo o un brillo especial del tiempo de los otros. Y es así como en realidad se pierde para siempre porque en definitiva se descubre como una soledad sin forma propia, es decir, como un vacío. Y entonces a través de la analogía física de Leonor, su experiencia límite, se nace con perpleja lucidez ante un camino absolutamente nuevo sin marcas, ni huellas, ni memoria donde no caben más que sus pies y asoma la punta inmóvil de su sombra.

Dije en algún momento que la Historia del Papión Sagrado es una novela que no tiene sentido explicarla, si es que las novelas se explican. Ustedes dirán, por su parte, que, bien o mal, casi no he hecho otra cosa desde el principio. Yo digo, por último, que en todo caso he inventado una novela nueva. Y ése precisamente es el mérito que le asigno en primer lugar al Papión Sagrado y el único, por otra parte, que me interesa señalar. Hubo un lector (si hubo uno puede haber mil, puede haber tantos como para colmar el reto y la ansiedad de Falbo librero) hubo lector, digo, que a partir de la Historia del Papión Sagrado se olvidó de Santiago Bullrich y recorrió, vivió o consumió como suyos todos esos caminos para llegar, al final de ellos, a su propio y solitario camino. Es decir, yo también comprendí por fin que ahí donde terminaba la Historia del Papión Sagrado comenzaba la mía. - Irrevocablemente. -

### Haroldo CONTI

En la Historia del Papión Sagrado en un momento muy particular. Justamente por esos días había terminado una novela. Esto es, concierne una vida. Algunos de ustedes saben lo que es eso. A medida que se progresa en la obra la línea entre la realidad, y lo que llama la realidad, y por fin se disuelve. Se va entonces una única y completa realidad donde todas las cosas convergen en una sola dirección. El punto final es una realidad. Uno podría seguir así toda la vida. Por eso cuando bien iríamos.

Estaba en un momento, vacío y desconcertado.